

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 2, 18-24): *No está bien que el hombre esté solo.*

Salmo (127, 1-2.3.4-5.6): *«Que el Señor nos bendiga todos los días»*

2ª lectura (Hebreos 2, 9-11): *No se avergüenza de llamarnos hermanos.*

Evangelio (Marcos 10, 2-12): *Ya no son dos, sino una sola carne.*

Los seres humanos tenemos muy marcado nuestro futuro: por el lugar del nacimiento, por el modelo de familia en que hemos venido al mundo y por la educación y formación que hemos recibido. Con el paso del tiempo, nos vamos haciendo conscientes de que, también el tipo de relaciones que tenemos con personas concretas nos ayuda a seguir esa dirección o a cambiarla.

Los primeros años de nuestra vida transcurrieron fundamentalmente en el hogar donde siempre estaba nuestra madre y nuestros hermanos; las chicas salían menos que los chicos, estaban más controladas y tenían que regresar más pronto a casa. Todos los trabajos de la casa y la educación de los hijos era tarea de las mujeres, los hombres solo comían y dormían en la casa; lo demás lo hacían fuera de la misma.

Incluso en los lugares públicos: plazas, bares, iglesia... los pisaban por separado. No éramos iguales en nada. Así el otro sexo se convertía en algo misterioso que, a determinada edad, sentías que te atraía y, más adelante, deberías elegir a alguien que te gustase para casarte y formar tu propio hogar. En esas etapas intermedias: la adolescencia y la juventud, unas mujeres eran perfectas (madre y hermanas) y las otras podían ser..., en fin, casi eran convertidas en objeto de burla, de deseo, de investigación y de querer hablarle y no atreverte.

Y cuando menos lo esperas, acontece el encuentro con alguien que se pone a caminar a tu lado, que habla de las cosas que tú sabes y que te descubre otras que ni siquiera las habías pensado. Y, un día, te coge de la mano y la sientes muy adentro; y caminas junto a ella sin decir palabra pero haciendo el mismo camino. Y, luego, te dice: “ayer estuve muy a gusto a tu lado”. Y te la quedas mirando, sin decir palabra.

Y, poco a poco, vas encontrando en ti mismo cosas que te habían dicho: la ternura, las caricias, las emociones, la acogida del diferente, el rubor, las lágrimas... Y tú mismo vas completando y desarrollando tu propia persona con la ayuda de otra persona a la que tú también la vas ayudando a encontrar en ella lo que tampoco ella había encontrado.

Esto nos ha sucedido a algunos varones, cuando hemos tenido la suerte de encontrarnos con mujeres que nos ha tratado como iguales en dignidad y en responsabilidades. Y, si has podido ver a tu alrededor que eso sucedía en otras personas, sientes lo que se pierden algunos hombres que no admiten la igualdad de sexos.

Cuando la persona humana intuye su adultez comienza a abandonar las cosas de joven: salir todos los fines de semana, el estar y vestir a la última moda, el deporte competitivo, el vivir en casa de los padres, etc. entramos a vida adulta. En las culturas antiguas, incluso en la nuestra hasta no hace mucho tiempo, ese momento estaba marcado por el matrimonio; abandonar la casa paterna para iniciar una vida en común separada de los progenitores.

No solo las mujeres y los hombres somos diferentes, también entre las personas del mismo sexo existen diferencias. Cada uno de nosotros, en el desarrollo personal que llevamos para adelante desde nuestro nacimiento, vamos descubriendo lo propio nuestro. En nosotros hay cosas heredadas y cosas que cada cual vamos añadiendo en la construcción de la propia personalidad.

Las personas creyentes también descubrimos la mano, la mirada, las palabras que Dios, en su acción «creadora», va colocando en nuestro camino a través de la acción de otras personas que, con todos nosotros, van haciendo la historia. Así acontece en el devenir de cada ser humano. En este tiempo son pocos los que viven su historia personal en el mismo lugar y con las mismas personas.

El tiempo pasa cambiando de lugar y conociendo personas diferentes que nos ayudamos y dificultamos el crecimiento humano y espiritual de cada uno de nosotros. Pero, en algún momento, comienzan a aparecer personas con las que sintonizamos maravillosamente y, con alguna, de manera muy especial. Ahí se inicia una relación que nos va completando a los que estamos inmersos en ella, vamos adquiriendo unos lazos estables y unas complicidades en las que todos damos y recibimos lo mejor de cada uno. Ni nos damos cuenta de todo lo que hemos ido abandonando: dejamos de ser el centro del universo, ya no crecemos solos, nuestra primera actividad no es amontonar bienes, y todas nuestras capacidades van poniéndose al servicio del bien común.

Conviene, cuando te vas haciendo mayor contemplar la propia historia y repasar la larga lista de personas que han hecho posible que tú hayas llegado a ser lo que eres con los medios que esas personas te fueron proporcionando en tu formación. Entonces, y solo entonces, comienzas a entender lo que significa la palabra “solidaridad”: *«mirar la cara y la necesidad de las personas de tu alrededor y poner tus cosas y tu propia persona a su servicio».*